C U A D E R N O S

DE

ÁGORA



Números 57-58 Julio-agosto 1961

COLABORAN.—Lorenzo Aguilar, Elena Andrés, Antonio Buero Vallejo, Arturo Burgos Belinchón, Medardo Fraile, Gabriel García-Gill, Angelina Gatell, Gutierre de Cetina, Juan Gutiérrez Padial, Clara Janés, Luis Jiménez Martos, Juan José Jurado, Isabel Moscoso Dávila, José María Pemán, R. M.ª Rilke, Claudio Rodríguez, Solimán Salom, Clara Silva, Francisco Umbrales, José M.ª Valverde, Carlos Vélez.

"Telón de Ágora" por Medardo Fraile. "Notas críticas" por Manuel Mantero, Julia Uceda y Joaquín Caro Romero.

SUMARIO

Páginas

ROMANCE DE VICENTA MARÍA, *José M.ª Pemán.* 3
LA HORA EN QUE SE ACERCA, *Clara Silva* 5
DOS SONETOS, *Antonio Buero Vallejo* 7
LA RESPUESTA, *Angelina Gatell* 8
ESTA NOCHE, *Solimán Salom* 9
ESTÁS SOLO, *Elena Andrés* 10
A RAINER M.ª RILKE, *Gabriel García-Gill* 12
CRÓNICA DEL JALÓN, *Medardo Fraile* 14
A LA MIRADA, *Claudio Rodríguez* 16
ORACIÓN AL POETA, *Isabel Moscoso Dávila* 18
EL MAPA SOBRE LA MESA, *Carlos Vélez* 20
...Y escucho con mis ojos a los muertos (QUEVEDO):
MADRIGAL, SONETO, *Gutierre de Cetina* 23
POÉTICA, *José María Valverde* 24
Fotografía 27
Pasan a nuestra lengua la extranjera (LOPE DE VEGA):
LOS FLAMENCOS. EL UNICORNIO, *R. M.ª Rilke.* 29
LA POESÍA DE VALVERDE. *Luis Jiménez Martos.* 30
SENSACIÓN DE PRESENCIA, *Juan José Jurado.* 34
POEMA, *Clara Janés* 35
PARADOJA DEL FLAUTISTA (cuento), *Francisco Umbrales* 36
DEBAJO DEL SILENCIO, *Juan Gutiérrez Padial* ... 39
CONFUSIÓN, *Arturo Burgos Belinchón* 40
SOLO, PERO CONTIGO, *Lorenzo Aguilar* 41
TELÓN DE ÁGORA, *Medardo Fraile* 42
CRÍTICA DE LIBROS, *Manuel Mantero, Julia Uceda y Joaquín Caro Romero* 45

Toda la correspondencia a

CONCHA LAGOS

José Antonio, 31-Madrid
Teléfs. 247 06 83 y 222 89 70

C U A D E R N O S

DE

ÁGORA



Números 57-58 Julio-agosto 1961

EDITA

CONCHA LAGOS

Director: EMILIO GONZÁLEZ NAVARRO
Subdirector: MEDARDO FRAILE

CONSEJO DE REDACCION

GERARDO DIEGO
JOSÉ GARCÍA NIETO
JOSÉ HIERRO
JORGE CAMPOS

Depósito legal: M. 3170.—1958

GRÁFICAS ORBE, S. L.—Padilla, 82.

ROMANCE DE VICENTA MARIA

A una muchacha que me trajo sus primeros versos.

VINISTE a verme una tarde
con versos: como la aurora
viene a ver el nuevo día
con su cestillo de rosas.

Me preguntaste: «¿Son buenos?»

Niña, cigarra cantora:
«Los versos nunca son buenos
ni malos...»
Como la sombra
y la luz, son o no son:
como en el bosque la alondra
que todos saben que no es
agua ni viento en las hojas,
que es la alondra. La Poesía
es igual. Ella se nombra
a sí misma, sin nombrarse;
y se evidencia y se asoma
a las ventanas del alma
con sus ofrendas de novia.

Tus versos son porque son.
Son latidos, no son obras.
No son trabajo, son vida.
Ya eran versos en tu sombra.
Ya eran versos en tu sangre
y en tu tristeza. Tu boca
dijo lo que le dijeron
en tu hondura, voces hondas.

Tú no sabes lo que dices
porque lo dice «la otra».
Esa que vino una tarde
en ti, sin ti, con tus rosas.
¡Esa que me trajo versos
como trae su luz la aurora!

Vicenta María: quédate
quieta en la orilla sonora.
El agua dirá tu verso.
Sé tú el silencio; las hondas
soledades de la tarde;
la renuncia; sé tan poca
flor de tu jardín, que seas
mucho más que flor, aroma;
sé obstáculo tan pequeño
que te pueda la voz sola
de tu pena traspasarte
sin romperte... La corona
de la Poesía se da
a quien da su vida toda.
¡Y así serás escuchada
a fuerza de silenciosa!



JOSÉ MARÍA PEMÁN

LA HORA EN QUE SE ACERCA

ALÉGRATE, es tu boda.
Ahora te doy el nombre
que nunca te será quitado.

—¡Ah!, no lo pongas
sobre la frágil violencia de mis hombros.
Me levanto con los afanes del día
y por donde mis pies caminan
borran las escrituras de tu boca.

—Ven, no serás avergonzada.
He puesto entre los dos la transparencia de mi muerte.
Bajo mis ángeles te abrigo.

—Amarte es perderme y encontrarme
con la copa vacía de la vida
entre las manos;
y estar sola de pronto con tu cuerpo
sobre mi paladar estremecido.

—Yo soy la copa en que serás saciada,
soy el amor que hace temblar tu sombra
en el vacío de las habitaciones
cuando me huyes, buscando
la hoguera blanca de mis pasos.

—¿Por qué me has elegido,
despertándome?
En la casa, ya todas las mujeres
conocían tus heridas
y las besaban con rumor apagado.

—Quiero tu alma desnuda en su pecado
despierta en el combate con su sombra.

—Espera,
espera todavía;
mañana tal vez seré contigo,
cuando la noche entera consuma su amargura.

—Ahora, ésta es la hora en que me acerco
y te descubro la llaga tenebrosa donde ardo.

Montevideo, 1960.



CLARA SILVA

DOS SONETOS

(EL LECTOR PUEDE MUDAR SU ORDEN)

UN día llegará de sangre y vida
de duro llanto y claridad mordiente
que hará brillar espadas en la frente
del alma encadenada y decidida.

La fragua cantará, de amor movida,
cuna y madre a la vez, canción ardiente
que arrullará la desnudez fulgente
de la tierna escultura renacida.

La veremos surgir. Nuestros errores
lanzarán un gran grito exasperado
mientras mueren al hierro entre dolores.

De paz y de victoria coronado
se ha de ver, redimido de furores,
al hombre, con el hombre conciliado.

* * *

¿Ha de llegar el día de la vida?
¿Hará brillar su claridad mordiente
la sangre, el llanto, la agresora frente
del alma encadenada y decidida?

¿Podrá cantar la fragua conmovida?
¿Sabrá ser madre y cuna refulgente
que arrulle al fin la desnudez ardiente
de la tierna escultura renacida?

¿La verán triunfar nuestros errores?
¿Lanzarán un gran grito exasperado
mientras mueren al hierro entre dolores?

¿Tendrán un porvenir transfigurado
donde hallarán, salvado de furores,
al hombre con el hombre conciliado?

ANTONIO BUERO VALLEJO

LA RESPUESTA

A Ángela Figuera.

¿A dónde voy, decid, de dónde vengo?
¿Qué lágrima me copia? ¿En qué espiga
se agrupa la promesa siempre amiga
del grano que cultivo y que contengo?

¿Dónde el calor me dora? ¿Dónde tengo
el alma enharinada de fatiga?
¿Dónde este pan del hambre que fustiga
toda la luz llagada que sostengo?

Sobre la tierra estoy. Toco la tierra.
Siento el terco latido de esta guerra
y entrego mis dos manos maniatadas.

Pero decidme ahora, compañeros:
¿Quién podrá contestarme en los senderos
si están vuestras respuestas enterradas?

ANGELINA GATELL

ESTA NOCHE

PROCURO no hacer daño a las piedras
cuando ando.
No piso las hojas caídas al suelo:
me dan lástima.
Ya podrían los hombres
contemplarse en el amor que refleja mi corazón.
¡Tengo el alma tan limpia, tan inocente esta noche,
tan vaciada de sus sufrimientos y sus amores!
He retirado el suspiro de las maldiciones más duras,
he olvidado hasta la existencia
del pecado.
Estoy con los libros de los escaparates,
con los niños que juegan en el jardín.
Les cojo de la mano y les digo
«hijos míos».
Estoy dispuesto a dar el fraternal abrazo
a quien sea, esta noche.
Todas las mozuelas se me vuelven hermanas,
todas las mujeres son madres
y puedo, sin arruinarme, vaciar mis bolsillos
en las palmas del mendigo
que duerme en la esquina.
Parientes, amigos, enemigos
saludo, saludo esta noche,
saludo a quien sea
que salga a mi encuentro.

SOLIMÁN SALOM

ESTAS SOLO

A Rafael Morales.

ESTÁS solo, debajo
de un techo gris, no hablas.
Apenas si te mueves;
te han herido,
olvidaste qué mano.

Una pesada carga
de humo espeso de sombra,
se ciñe lentamente
a tu boca, a tus ojos.

Unos caballos flacos
atraviesan el llano,
va dejando una estela
su mirada caída,
un extraño camino
que entenderán los árboles.

Te han herido, estás solo,
y los panes de trigo
van huyendo en silencio
de tu boca anegada.

Es necesario ahora
saltar la cerradura
de la propia mirada,
se esparcerá de pronto
en la niebla de todos,
en la luz, en los nidos
lejanos y remotos;

y tal vez también roce
a la gruta más virgen
del corazón diario.

Se está encendiendo el fuego
sagrado en los rincones.
Arde la mejor sangre
en tareas como incendios.

Espera, espera siempre,
va a surgir el milagro.
Hace ya mucho tiempo
que se forma en silencio,
hace mares de tiempo.

Alguna vez en sueños
parece madurarse
sobre la paz en vilo
de la mano que duerme.



ELENA ANDRÉS

A RAINER MARIA RILKE, EN SU ETERNA CASA DE CAMPO

CÓMO se agita el viento en este monte,
cómo suena aquí arriba, sobre el lecho
de tu cuerpo llovido, en esta tierra,
camposanto de hojas, removida,
donde este aliento vivo te traslada
hasta los montes altos de la nieve!

Solo, pulverizado, te prosigues,
te contestas, te explicas,
semilla que los vientos siembran en la montaña
y la muerte recrea en las cosas nuevas,
en esta planta viva, en estas hojas
que nacen de la tierra de tu cuerpo.

Tu ser en todo. El ser buscado por tus manos
llenas de soledad y de abandono
en el París del duelo y la tristeza,
corazón sin reposo que esperaba
el hotel presentido de la muerte,
la eterna casa de los ventisqueros
que ahora lanzan tu cuerpo por el aire.

Con la tierra que pesa sobre el cuerpo,
aireado en el campo como el polen,
trigo que se convierte en otras cosas,
has sembrado la paz de las montañas,
la ribera de plata de este valle,
las hojas de los álamos que mueven
su luz entre las cosas que perduran.

Amigo, viejo amigo, ¡cómo suena
la vida en estos campos fecundados,
donde todo se escucha reviviendo!
¡Qué viento explicativo que no oyes,
batiendo tu sepulcro y mezclando en los aires
tus preguntas con estas
contestaciones de la tierra viva!

Metamorfoseado en este libro
de la pobreza pura y de la muerte,
la soledad del campo distribuye
con tu vida calcárea y refundida
semillas a los árboles, al río,
a las nieves del monte y a los chopos,
que a tus altas moradas
llenan de explicaciones, de respuestas.
Desde el valle, en Rarogne, sube el ruido
del ganado, del campo de las viñas,
de la gente que habla la lengua que tú hablaste.
Olores suben de lo preguntado,
de la pregunta ilimitada, eterna,
que en los retiros vivos de tu angustia
por la muerte de siempre interrogaba.

Casi toda mi vida, viejo amigo,
tú ya polvo en el aire, me pregunto
los secretos de muerte, los secretos
de la vida que sigue.
Y la respuesta
viene con este viento de tu mundo,
con las hojas nacidas de tu cuerpo,
con ángeles que traen, como tus ángeles,
la esencia de la vida eternizada.

Rarogne (Valais, Suiza).

GABRIEL GARCÍA-GILL

CRONICA DEL JALON

A don Jaime Oliver Asín.

Me ha inquietado siempre que se anuncie al viajero en las carreteras el nombre del río sobre el que va a pasar. O del arroyo. Un pueblo, una ciudad, es lógico que se nombren. Un monte, un valle, un río, menos. Pero la sorpresa es mayor si el letrero dice, por ejemplo: Nacimiento del Jalón. El río ha sido humanizado un poco más y piensa uno en la fuerza viva, hasta en el Ministerio de Obras Públicas, de la antigua y tópica metáfora: "Nuestras vidas son los ríos..."

Junto al nacimiento del Jalón, he tomado el fresco una tarde este verano. El Jalón baña a Soria los pies o refresca el aire a Guadalajara con botijero chorrillo. Nace en Esteras de Medinaceli, en Sierra Ministra, cerca de Benamira. Hay álamos grandes a su derecha que le dan sombra y, a su izquierda, algo apartada, una hilera de chopos. Huele a poleo, pariente del mastranzo, de la menta, de olor menos penetrante, más fino. Puse una rama en mi mesa: mesa de una Hostería, desierta aquella tarde, por fortuna. Tenía la rama panochas pequeñas de florecillas azul romero y sus hojas, de un verde antiguo, desvaído y lujoso, mate, parecían llenas de polvo. Olía muy bien. A mujer sencilla, limpia, perfumada de siempre, pero sin perfume.

¿Sabe el río que su nombre está escrito? Esta es la pregunta que me inquietaba. Lo sepa o no, su vida se vuelve heroica, grotesca o las dos cosas. Difícil. Y trágica. Pero el río no puede saberlo, no es consciente de su papel transcendido, no sabe qué puede ser o no ser el río Jalón. ¿Le vamos a pedir peras al olmo, letras al río, milagros al hombre? Hay un mundo ignorado por nosotros que apunta nuestro nombre misteriosamente. Quizá nuestro camino también y nuestra muerte. Su nombre estaba allí, al lado suyo, clavado en un ámbito inalcanzable e incomprensible, en la tierra, porque no estaba escrito para él. Si no, lo habrían puesto en el agua. ¡Mi pobre río Jalón! ¡Qué raro, qué triste, qué hermoso estar escrito!

A pocos metros—diez, quince—de nacer, tiene el Jalón un puente por el que pasa la carretera, por el que pasa algo arriba. Para los ríos hay cosas desconocidas sobre los puentes; para los hombres, sobre las nubes. Ríos y hombres las entrevén o no las ven. Hay que suponer que el Jalón mire arriba de cuando en cuando; a menudo, quizá. El puente, ¿qué será para él? Para nosotros, el sitio—tal vez uno de ellos—desde el

que se puede leer su nombre. El Jalón pasa rezando debajo. ¿Reza porque sabe o porque no sabe?

El río es superior al hombre en esto: pueden verse, el mismo día, su nacimiento y su muerte. A un tiempo, una persona—como yo aquella tarde—puede verle nacer y, otra, verle morir. Y, hasta su fin, podemos seguir las aguas que ahora mismo han nacido—sólo ésas—paso a paso. El hombre es un borbotón de agua que se transforma y muere. El río, no. Hay tantos ríos Jalón como latidos dé el manantial. Podría también pensarse, olvidando la corriente, o sea, olvidando el río, que el agua conserva las caras de su vida intactas. Y que el hombre—un sólo latido del manantial—va transformándose continuamente, borrando el pasado, con cauce delante aún seco. Nacimiento y muerte menores: el agua nace a un guijarro, que ya no está; el hombre nace a un minuto, que ya se ha ido.

Hemos conocido a un hombre que tiene veinte, treinta, cuarenta años. Hemos conocido un río—el Jalón—que en Ariza cumple los veinte, en Alhama de Aragón los treinta y los cuarenta en Calatayud, hombreado por el Jiloca.

¿Qué es el Ebro para nuestro río? ¿Muerte, bodas, vocación, discípulo, maestro, madurez, bienestar...? ¿O renuncia del mundo, clausura, ensayo de la muerte?

'Y el mar, por fin, trágico y exultante, Fin y Principio, incomprensible creador gigante, ordenado, incansable; transformando, vitalizándolo todo. Devolviendo los ríos a la tierra.

Nuestras vidas son los ríos
que van a dar a la mar
que es el morir...

¿Será el mar el morir *para ellos, los ríos—para nosotros—, o será sólo, más esperanzador,* dar la vida?

A LA MIRADA

I

PORQUE no poseemos,
vemos. La combustión del ojo, en esta
hora del día, cuando se encandila
la mirada, ya no me trae aquella
sencillez. Ya no sé qué es lo que muere,
qué lo que resucita. Pero miro,
cojo fervor, y la mirada se hace
beso (ya no sé si de amor o traicionero).
Quiere acuñar las cosas,
detener su hosca prisa
de adiós, vestir, cubrir
su feroz desnudez de despedida
con lo que sea: con esa membrana
invisible del aire,
aunque fuera tan solo
con la sutil ternura
del velo que separa las celdillas
de la granada. Quiere untar su grasa,
densa de juventud y de fatiga,
en tantos goznes luminosos, que ahora,
ya a media tarde, ofrece
la realidad, entrar
dejando allí, en alcobas tan fecundas,
su poso y su despojo,
su nido y su tormenta,
sin habitarlas. Qué mirada oscura
viendo cosas tan claras. Mira, mira,
allí sube humo; empiezan
a salir de esa fábrica los hombres,
bajos los ojos, baja la cabeza;
allí está el Tormes con su cielo alto,
niños en sus orillas, entre escombros
donde escarban gallinas. Mira, mira,

ve cómo ya, aun con muescas y clavijas,
con ceños y asperezas,
van fluyendo las cosas. Mana, fuente
de rica vena, mi mirada, mi única
justicia, sella, graba,
como en un árbol los enamorados,
la locura armoniosa de la vida
en tus veloces aguas pasajeras.

II

La insoportable juventud constante
de lo que existe, su honda
eternidad, hoy llaman
con sus nudillos luminosos a esta
pupila prisionera. Hacía tiempo
(qué bien sé ahora por qué) me era lo mismo
ver flor que llaga, cepo que caricia,
pero esta tarde ha puesto al descubierto
mi soledad, y miro
con mirada distinta. Compañeros
viles y taciturnos,
yo mismo, que fallé, tantas ciudades
con ese medallón de barro seco
de la codicia, tanto
pueblo rapaz, al que a mi pesar quiero,
me fueron, a hurtadillas,
haciendo mal de ojo, y yo seguía
entre los sucios guiños, esperando
una tarde. La de hoy. Tiembla en el aire
la última luz. Es la hora
en que nuestra mirada
se agracia y se adoncella.
La hora en que, al fin, con toda
la vergüenza en la cara, miro, y cambio
mi vida entera por una mirada,
esa que ahora está lejos,
la única que me sirve, por la sola
cosa por la que quiero estos dos ojos,
esa mirada que no tiene dueño.

CLAUDIO RODRÍGUEZ

ORACION AL POETA

A Juan Ramón Jiménez.

TUS ojos se apagaron junto al mar.
Te envolvió un crepúsculo de oro
y tu rostro se hundió en la inmensa quietud.
Rozó tu frente un aleteo de palomas
y un arrullo blanco golpeó tu corazón dormido.
En la arena de quebrado nácar
tu planta dejó una huella leve.

Poeta, dónde está tu canto.
En el mar sólo hay ronco alarido.
Dónde está tu voz.
El agua está honda y quieta
y las hojas callan en el silencio oscuro.
Dónde está tu pupila de tiniebla radiante.
Una estrella lívida cae en la infinita noche.

En la hora eterna te espera la novia blanca.
Partió antes que tú en una tarde triste.
Te esperan los gorriones que murieron
bajo la nieve de tu jardín distante,
las violetas pálidas de tu lecho
y las rosas que cubren tus manos dolientes.

Con tu vuelo trémulo
desgarraste el silencio del abismo
y la sombra se tornó refulgente.
Lo eterno quedó estático en tu pupila
y tu pecho se rompió como un cristal
traspasado de luz en la mañana.

Dulce amigo del árbol solitario
y de la salvaje criatura
de sedosa piel y de mirar esquivo.
Con lento paso ibas por caminos de sol
junto a su trotar grácil y pequeño.

Un día se recostó silencioso.
Te miró triste con sus grandes pupilas
y se quedó para siempre inmóvil
entre la hierba tibia y los astros lejanos.
En medio del camino te quedaste solo
junto a esa vida tronchada como un lirio.
y tus ojos lloraron
por esos ojos hondos y tranquilos.

Tú amaste la vida simple.
Entendiste la armonía
y el cósmico sentido de la idea
y la palabra en tus labios
abrió el arcano inefable.
Iluminado como el Rabindranath,
despierto a al vida sobrehumana,
perfecto en el Amor de toda criatura,
estrella y tierra palpitante,
océano amargo y embriagante jugo
de racimo dorado.

Hermano del sol y del mísero barro,
duermes en el regazo de la tierra.
El tiempo sigue su devenir oscuro
y tú estás siempre estático
entre lirios de sombra.

Tus manos de narciso casto
son llamas en la noche perenne
y tu rostro es el rostro
de la luz impalpable.

Cuenca (Ecuador), 1959.

ISABEL MOSCOSO DÁVILA

EL MAPA SOBRE LA MESA

(RIBERA DEL ORBIGO)

LA tierra suena a surco
viviente, a muerto joven,
a lluvia,
a sol y a viento, a vida
estrenándose siempre.

Por la margen izquierda
del Orbigo, trabajan
—sayal y pana gruesa,
pañuelo negro, boina—
su pedazo.
Son hombres como hormigas
bajo el hacha del Páramo,
mujeres como ovejas,
con arrugas y pena
a flor de piel,
con las piernas desnudas
si aprieta el sol.
Gentes pidiendo agua
cada día,
riñendo por el turno,
hermanos que se unen
para hacer un reguero
nuevo,
que se turnan
de sol a sol
para pacer las vacas
junto al río.
Son gentes amarillas
que a veces cantan

por no llorar
Santa Marina se quema,
Villamor lo lleva el agua,
Benavides por ser villa...

La tierra aún suena
a arado
abriéndose camino,
a mano
plantando la semilla,
a guadaña segando
el pan.

Los hombres ni te miran
pasar,
pero mañana
levantarán la espalda.



CARLOS VÉLEZ

MADRIGAL

CUBRIR los bellos ojos
con la mano que ya me tiene muerto,
cautela fué por cierto;
que ansí doblar pensastes mis enojos.

Pero de tal cautela
harto mayor ha sido el bien que el daño;
que el resplandor extraño
del sol se puede ver mientras se cela.

Así que, aunque pensastes
cubrir vuestra beldad, única, inmensa,
yo os perdono la ofensa;
pues, cubiertos, mejor verlos dejaste.

HORAS ALEGRES

HORAS alegres que pasáis volando,
porque, a vueltas del bien, mayor mal sienta;
sabrosa noche que, en tan dulce afrenta,
el triste despedir me vas mostrando;

importuno reloj que, apresurando
tu curso, mi dolor me representa:
estrellas, con quien nunca tuve cuenta,
que mi partida vais acelerando;

gallo que mi pesar has denunciado,
lucero que mi luz va oscureciendo,
y tú, mal sosegada y moza aurora,

si en voz cabe dolor de mi cuidado,
id poco a poco el paso deteniendo,
si no puede ser más, siquiera un hora.

CARTA A

EN VE

Querida Concha: Cada día tengo menos "poética", en sentido de preceptos y reglamentos. La poesía me parece—cada día más—una cosa inagotable y modesta; tanto más rica cuanto más humilde.

La poesía es la raíz perenne desde la cual puede renacer la literatura del porvenir, que no vendrá de la imprenta, sino de la voz hablada.

Precisamente porque sólo sabemos de la poesía que es el lenguaje humano en forma intensificada y perdurable—*memorable speech*, "lenguaje recordable", la definía W. H. Auden—, es por lo que podemos emplearla en todas las dimensiones—narrativa, teatral, reflexiva—.

Por lo que toca a mi trabajo reciente, ya en "Voces y acompañamientos para San Mateo" me he metido en una poesía

JC

polifónica, en que son varios los que hablan—dos, principalmente: Él y yo—, en diálogo o en coro, como quería Antonio Machado, abandonando aquel romántico "corazón solitario", tan orgulloso como a punto de desintegración. Yendo más allá, mi último libro—*La conquista de este mundo*—es un poema que, como decían los clásicos, pretende "instruir deleitando"; es un brevísimo "manual de historia universal" entreverado de anécdotas de mi propia vida.

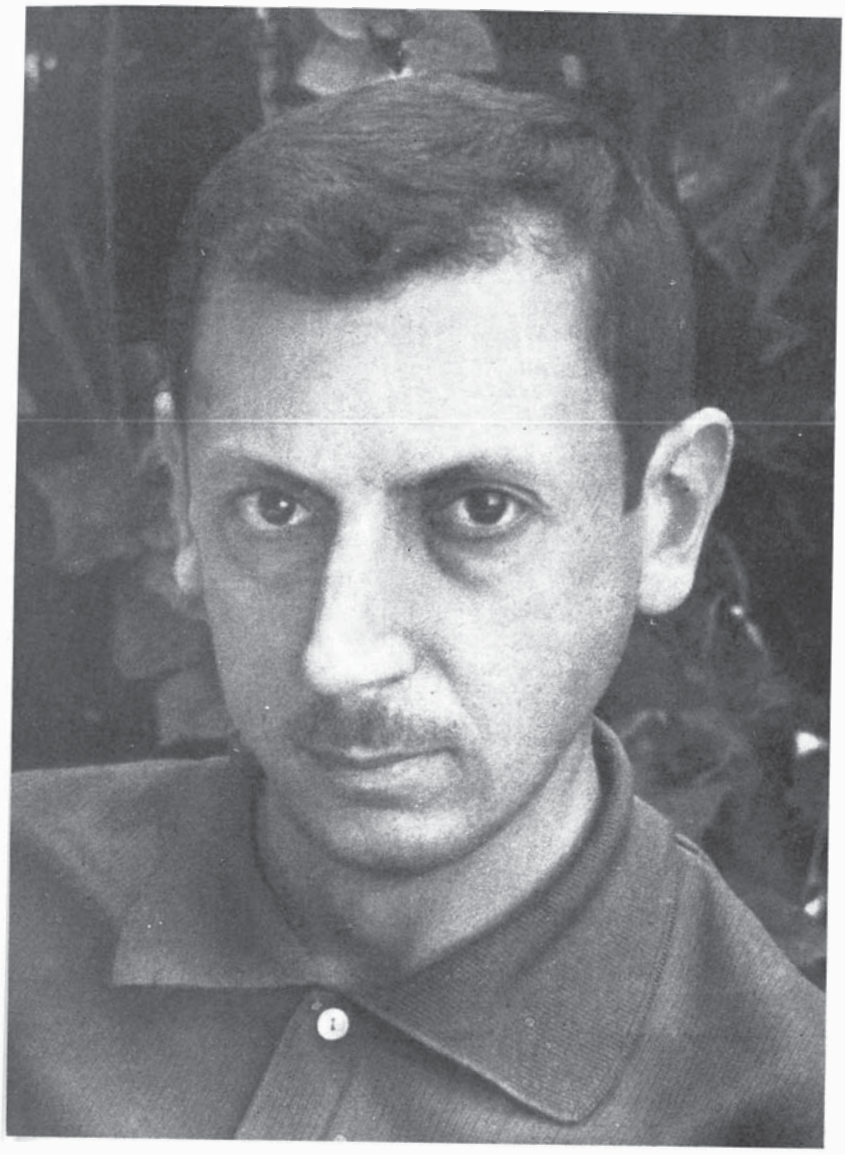
Más adelante, espero escribir relatos y representaciones en verso—quizá más para la TV. que para el teatro—. Pero, a la vez, cuanto más prometedora, más humilde me parece la poesía. No nos toca a los poetas descubrir ni revelar nada nuevo; para eso hay libros más autorizados que los nuestros—"así en la tierra como en el Cielo"—. Nosotros ya haremos mucho con "cantar" y "contar" la vida y las esperanzas propias, "en representación de todo el mundo", como aquel personaje de Vallejo...

PERIÓDICO DE LA TARDE

Muy bien rueda el vagón – oh ciencia hermosa –
mientras se sueña con la sopa en casa,
segura, aunque frugal, y se repasa
la prensa, ya a estas horas tan borrosa:
rivalizan los sabios en carrera
retratando la nuca de la luna;
mientras, de cada tres personas, una
come o habrá comido antes que muera.
Señores genios, basta: un intervalo:
primero den a todos bocadillos,
y a cada cual, zapatos, y juguetes
al niño, y su jarabe al que esté malo.
Cuando arreglen los casos más sencillos
volverán a su fiesta y sus cohetes.

Lord Mersland

(De "La conquista de este mundo")



JOSÉ MARÍA VALVERDE

LOS FLAMENCOS

(PARÍS, JARDIN DES PLANTES)

EN reflejos como de Fragonard
no queda de su blanco y de su rosa
más que si alguno te contara, hablando
de su amiga: "venía todavía

suave de sueño". Pues sobre lo verde
se alzan en tallos rosa, algo torcidos,
floreciendo a la vez, como en bancales,
más seductores que Friné. Después

su pálida mirada, retorciendo
el cuello, esconden entre la blancura,
donde hay negro junto a un rojo frutal.

De pronto, por la pajarera, chilla
una envidia, y, atónitos, se estiran,
y por lo imaginario marchan, solos.

EL UNICORNIO

EL santo alzó la vista, y la oración
cayó, cabeza atrás, igual que un casco:
pues sin ruido llegaba el increíble
blanco animal, que como una robada
cierva inerme suplica con los ojos.

Las patas, marfileño pedestal,
en equilibrio leve, se movían;
blanco fulgor feliz su piel cruzaba
hasta la frente pura y clara donde,
como torre a la luna, estaba el cuerno.
Y cada paso hacía que se irguiera.

La boca, con su bozo gris y rosa,
se plegaba, y un poco de blancura
de los dientes, brillaba, más que blanca;
los belfos palpitaban, entreabiertos.
Mas sus ojos, que nada limitaba,
iban poniendo en el espacio estampas,
y cerraban una leyenda azul.

(Traducción en verso por José María Valverde.)

LA POESIA REUNIDA DE VALVERDE

¿Hemos sobado lo suficiente la palabra crisis? Parece ser que no. Todavía esa palabra resulta muy socorrida para quienes desean ahorrarse explicaciones. Con decir que todo, absolutamente todo, se halla en una tremenda crisis es suficiente para que nos hagamos una idea general, de bolsillo más bien estrecho, teniendo en cuenta que quien se agarra a la palabrita es porque se autoconsidera capaz, con mucho, de traernos la "salvación" a poco que le escuchemos.

No hay crisis en nuestra poesía. Hay, y a marchas forzadas, evolución. ¿La evolución puede ser alguna vez un mal síntoma? Sucede, eso sí, que buena parte de lo que los poetas aparecidos tras nuestra guerra escribieron entonces y lo que algunos de ellos han seguido escribiendo después, responde a una concepción romántica del mundo, a un estado espiritual *de crisis*. En estos tomos dedicados a tales poetas, que la buena idea del editor Giner ha hecho posibles, vamos comprobando la existencia de una trayectoria semejante. Primeramente desconcierto, duda, angustia, desazón. Luego, un humano forcejeo, más o menos intenso, para salir de la situación cerrada. Para unos, esa salida se manifiesta en forma de poesía preocupada por el prójimo, poesía compadecedora; para otros, para los que no han trasladado sus problemas individuales a un área colectiva o a una parte de esa colectividad, el abridero ha sido la esperanza, la serenidad, la aceptación del mundo tal como es. (Tenemos que distinguir, naturalmente, una esperanza de latiguillo, de la otra, de la que ni siquiera necesita ser pronunciada para que la sintamos verdadera.)

He aquí un poeta que reúne su obra (1): José María Valverde. La comienza en 1945—epicentro del gran temblor que, de un modo u otro, aún perdura—muy joven, adolescente, y no sólo por la edad, sino también por lo que corresponde al contenido de su primer libro. Libro de crisis. En este caso, la crisis es religiosa, como tantas veces; todo está centrado aquí en Dios—salmos, elegías y oraciones—; el mundo está desrealizado, sublimado, y el poeta tiene la mirada alta, la voz fiel a un sentimiento de Dios, y, no obstante, falta asidero firme. El poeta lo sabe:

(1) Ediciones Giner. Madrid, 1961.

¡Oh cosas, apartaos, dadme ya su presencia
que tenéis escondida en vuestro oscuro seno!
Marcado por tu hierro vago por las llanuras,
abandonado, inútil como una oveja sola...
Hombre de Dios me llamo. Pero sin Dios estoy.

(Salmo inicial.)

El conflicto, expresado tan claramente, más que de falta de fe es de distancia palpable entre el anhelo metafísico y la realidad en que el lírico, como hombre, de Dios, pero sin Dios, se halla y de la que no se puede desprender. Y esa distancia, ¿cómo salvarla? En su actitud oracional, Valverde acude a la mención de la muerte y a la mención de la infancia. Ante la primera, el poeta siente miedo:

Pero es inútil todo; ¡tengo miedo!
¡Tengo el miedo del perro junto al hombre,
porque nunca lo entiende!
Miedo de no saber,
miedo al país de donde nadie ha vuelto...
¡Tengo miedo a ese pozo de vacío,
a esa noche sin fondo, aunque esté Dios atrás!

La infancia es una vivencia constante en la poesía de Valverde. La turbación alcanza a ella:

¡Oh, Señor, aquel niño que yo era
quiere pedirte, muerto,
que le dejes vivir en mi presente un poco!

Con la infancia solemos defendernos de nuestra propia inquietud, evasivamente (no en el sentido peyorativo, como se entiende ahora). El presente del poeta es en "Hombre de Dios" pura inquietud, sin perfiles concretos, sin temporalidad. Habla de las cosas del mundo siempre en función estrechísima con el motivo central de lo divino. El poeta refiere en todo momento la realidad—rosas, lluvia, cuerpo, primavera, un toro de lidia—al plano altísimo de Dios. Su consecuencia es el tono elegíaco, sin violencia expresiva, en dulce queja.

Pero esta situación va a variar. Va a variar en cuanto el poeta mire alrededor y al suelo, a su propio suelo de hombre. No radicalmente, de un plumazo, de un poema o de un libro a otro, como sucede más de una vez sin que ello resulte escandaloso. En el Valverde de *La espera* (1949) existen restos estremecidos de su obra anterior, insistencias en la crisis—"Y tendré el blanco sueño de la infancia—desde el que hablaba Dios, aún a mi lado"—, incluso al entrar en su poesía el tema amoroso. Y hay más: un poema donde el conflicto esencial vuelve a ser mostrado de una manera clarísima:

¿Sabremos algún día en esta vida
amar la eternidad?

Esto es, tensión entre la vida humana, aquí, ahora, y la esperanza sobrenatural. El poeta se pregunta y el poeta se contesta:

Así en la eternidad nuestro recuerdo
tendrá el tiempo y las cosas,
igual que el caminante detenido en el monte
tiene en la mano el valle con su río...

Ahora el tono va siendo distinto: la necesidad de vivir en el tiempo —forzosa necesidad—y la de no morir del todo tras la muerte quedan armonizadas en el poeta. La vida es espera de otra vida mejor. Yo me atrevo a decir que, aparte la ortodoxia de Valverde, ha influído en este principio de confianza el amor a mujer, a una mujer. En *El Señor y tú* le dice a la amada que en ella, "en el hondo corredor de tus ojos" se encuentra Dios, allí hay que buscarle, no "desgarrando los días, arrastrando la niebla".

Ya tenemos el germen de la futura obra valverdiana. En la nueva actitud, aún inmadura, cuentan mucho el entramarse en el tiempo, en el suyo, personal, íntimo—lección del mejor Antonio Machado—, y, como consecuencia, un acercamiento a las cosas. *Oración del amanecer en la ciudad* tiene notas realistas, bien entendido que este realismo no es ni será en el poeta extremeño una exigencia absorbente. ¿Cabe otra muestra más clara y espléndida de que Valverde ha hallado en este punto sus propias raíces que el poema *Despedida ante el tiempo?*

El meollo continúa siendo la religiosidad; de ella le viene la confianza, el seguro talante, la voz queda y natural. Si alguna duda nos quedaba, en el primer poema del libro siguiente, *Versos del domingo* (1954), ese *Salmo dominical ante el verano* nos la despeja:

> Esta mañana no dije Tu nombre, en cambio; te callé adorándote distraído,
> no medité tu sabiduría, ni me expliqué la justificación de la belleza,
> pero sentí confusamente que la sangre caminando se entredormía
> en un difuso consuelo, en un propicio y último suelo, algo como una mano.

Este gusto por la vida bajo la luz clara no puede ser más que mediterráneo. No creo que sea baladí anotar que el poeta escribe ahora sus versos en Roma; que es Roma, como ambiente concreto y como centro de la catolicidad, quien ayuda a que la confianza, ya plena, determine magníficamente el tono y el espíritu. Me atrevo a decir que el poeta católico José María Valverde lo es, sobre todo, a partir de este momento. El mundo—paisajes, calles, hombres—de cada día tiene aquí expresión honda, suave y emotiva. Personal plasmación:

> Y no soy ya mi fantasma interior;
> me llamo José María, y Valverde, y quizá hasta otras cosas,
> quizá hasta hijo, quizá hasta amor, quizá hasta padre,
> y más acá de las voces,
> de las dulces voces compañeras que me nombran,
> sé que soy con nombre,
> y me empiezo a nombrar a mí mismo, convencido,
> revolviendo en mi bolsillo la moneda con mi propio rostro...

Soy con nombre. Lo mismo hubiera podido decir "soy mi contorno". Porque el mundo poético de Valverde ha achicado sus límites para intensificarlos y concretarlos, mientras su voz más que cantar habla, humildemente contenida. La esposa y el hijo, la casa y el trabajo, las gentes de la ciudad son protagonistas de esta segunda parte. Su asentarse en los valores humanos, sin renuncia de los divinos, se nota en el saboreo del lenguaje, en cómo la preocupación intelectual queda resuelta en lírica.

Es claro: si el Dios de "Hombre de Dios" acusa resonancias bíbli-

cas, en su distancia y majestad, poco a poco José María Valverde ha ido acercándose poéticamente a Cristo, próximo y vivificador.

> Y cuando preguntando llegues al porqué de todo, empezaré a contarte del último [amor,
>
> enseñándote a poner la mano sobre el mundo para que sientas su música de trompo, la leyenda verdadera del Dios que tanto quiso a los hombres que nació con ellos; porque no sé si mi palabra puede algo más que enseñarte a rezar y retirarse.

La fundamental confianza del poeta—no perdamos el hilo—; la confianza respirable y llana, nunca vertida en bloque presuntuoso, le lleva a basar *Voces y acompañamiento para San Mateo* (1959), en la versión evangélica más sencilla de estilo. Aquí Valverde culmina, por ahora, su vocación de poeta religioso. "El mundo lo acepté", leemos en "Dedicatoria". La técnica de desdoblamiento empleada en esta obra tiene un significado importante: glosa evangélica y poema de intimidad, de contrapunto a veces, nos indican que el poeta quiere mantener su línea personalista, individual, junto a la otra, que le sirve, apoyándose en San Mateo, para darnos una visión respetuosa, cálida y artística del máximo texto cristiano. De esta manera el poeta amplía considerablemente sus límites sin renunciar, por otra parte, a darnos cuenta de ellos. La originalidad es indiscutible. Al lado de *El resucitado y su madre* está el *Himno para gloriar a mi esposa;* al lado de *Ultima cena* está *Comunión*.

Por descontado ha de tenerse que la madurez poética de Valverde es palpable. ¿Hay que añadir que va unida a la madurez espiritual? Cuando dialoga con su ayer, cuando se enfrenta con su ayer, le dice:

> —Tu voz de vieja angustia,
> apenas la comprendo;
> sé que no sabré nunca
> si ando de El cerca o lejos,
> sé que no le podría
> tocar mi pensamiento,
> pero al dejarme ir
> por la vida, sospecho
> que El me envuelve en su tacto,
> y es voz suya ese río
> que va bajo el silencio.

Acaso haya en esta confesión un regustillo amargo, acaso una nostalgia sutilísima; pero, sobre todo, un sentimiento de plenitud y llegada, firmeza en lo esencial del mundo y el hombre, fe que no precisa de gritos para ser verdadera. Y, en fin, serenidad sin aspavientos ni presunciones.

JIMÉNEZ MARTOS

SENSACION DE PRESENCIA

SENTADO en alto
y el huerto solo.
¡Qué brazo el tuyo
sobre mis hombros!
Camino abierto
de llanto al gozo
después que llueve
el mundo es otro.
La tarde oscura,
Dios en reposo;
si siento a Dios,
cierro los ojos.
Jesús, mi amigo,
te hablo de todo
lo intrascendente,
de lo que ignoro,
de cuando caigo
la cruz del hombro.
Pero tú me abres
la puerta. Pronto
sobre las flores
el sol glorioso
de perdonarme.
Me siento otro.
Cuando me dejas
abro los ojos
y el aire tiene
polvillo de oro.

JUAN JOSÉ JURADO, Pbro.

POEMA

DE nuevo estoy
lanzada a ser
sin forma.
Infinitos instantes
delante de mis ojos
me dicen
que respiro,
que soy.
Y me quedo
en el aire,
silenciosa,
rodeada de luz,
sin presentir siquiera
algún vago destino
debajo de este ser...

Columnas de presencia.
Y mi cuerpo indolente
que recibe su peso
triste,
mudo.
Tantas fuerzas
extrañas,
tanta necesidad,
tanto ser que se impone
desde lejos
negando
ese morir
en el puro silencio.
Aquí estoy, sí,
y aunque no quiera siento,
y aunque me rocen mundos
permanezco callada.

CLARA JANÉS

PARADOJA DEL FLAUTISTA Y EL BOMBERO, LA MOZA, OCTUBRE Y UN NIÑO SIN ESCUELA

(CUENTO)

—¿Otra vez sin trabajo?

—Otra vez sin trabajo.

—Pues está buena la música.

—Es como lo suyo, amigo.

—El fuego tampoco avisa. Eso es verdad.

El bombero se había detenido en el rellano de la escalera, con la mano en la barandilla.

—Va usted a llegar tarde.

—Si no hay fuego, da lo mismo. Y si hay fuego, se llega tarde de todos modos.

—Usted me perdonará que siga ensayando.

El flautista, en camiseta, tenía su silla y su atril entre la escalera y la salida a la azotea.

—Me encanta escucharle un poquito.

—Que espere el fuego.

—Eso. Toque usted un ratito.

—Qué cosa es el fuego, ¿verdad?

—Qué cosa es la música...

—Llegarás tarde a la escuela, niño.

—¿A qué escuela, señor?

El niño bajaba lentamente las escaleras, mordiendo un membrillo.

—Así va el mundo. Ahí tiene usted. Un niño que ni conoce la escuela. Luego, no hay cultura. Y sobramos en el mundo los flautistas.

—¿Hoy no toca usted, señor?

—Sí, rico. Claro que toco.

El flautista se había sentado muy derecho enfrente del atril, y empezó a tocar obstinadamente una sola nota.

—Qué cosa es la música...

—¿Va a haber fuego, señor bombero?

—No, rico. No va a haber fuego.

—A los niños les atrae el fuego.

—El fuego ahuyenta a las bestias.

—Qué cosa es el fuego, ¿verdad?

—¿Han visto ustedes bajar la escalera a un niño con un membrillo?

—Ahí lo tiene. No tema usted por el niño.

La moza venía sujetándose el pelo en la nuca. Era rubia y traía las medias colgadas de un hombro.

—No es por el niño. Es por el membrillo.

—¿Va usted a tocar otro poquito?—preguntó el bombero.

—Todas las mañanas, al bajar, se me lleva un membrillo de la ventana.

—Le echaré la mañana a estos agudos...

—El membrillo me lo ha dado el señor bombero.

Asomada a la azotea, la moza gritaba vuelta al cielo, a otra azotea mucho más alta.

—¡Ya he cogido al chico de los membrillos...!

—¿Agudos, dice?

—Sí. Son muy importantes los agudos.

—Me lo ha dado el señor bombero.

—Qué cosa es la música...

El flautista señaló hacia el niño con el extremo del instrumento.

—Ahí tiene usted. No van a la escuela, y luego roban membrillos.

—Si fuera hijo mío...

—Hoy día no hay cultura. Y sobramos flautistas en el mundo.

La moza mordía el membrillo que le había quitado al niño.

—Ese niño se va a caer a la calle.

Estaba a caballo sobre la balaustrada de la azotea.

—¡Ese niño...!—gritaban desde las altas galerías.

La moza, vuelta de espalda en un rincón de la escalera, se ponía discretamente las medias.

—Pero ¿es que ese niño no tiene una madre?

—No tiene madre ni va a la escuela.

—¡Se va a matar...!

—Que le salve el bombero...

El bombero escuchaba arrobadamente los agudos de la flauta.

—Eso. El bombero...

El bombero se acercó a la balaustrada y descabalgó al niño.

—Pues no ha perdido usted la mañana. Ha salvado la vida de un niño.

—Toma, mocoso. Acábate el membrillo. ¿Quieren ustedes probarlo? Es fruta de octubre.

—¿Estamos en octubre?

—Eso. Vamos a repartir el membrillo—dijo el niño.

—Si me dejan ustedes una navaja, les parto un pedacito.

—Con el hacha del bombero—dijo el niño.

—En octubre comienza la temporada musical. Y aquí me tiene usted.

—Nunca he estado en un concierto—confesó el bombero, ensoñador.

—¿Y no piensa ir un día a uno?

—Quizá, si coincide que se incendia el teatro...

—Pues es bueno el membrillo, oiga. Pruebe usted un pedacito.

El flautista y el bombero se repartieron un pedacito de membrillo.

—A este canalla se lo deben. Me los lleva de la ventana...

El flautista reanudaba sus agudos.

—...El sol de octubre es bueno para los membrillos.

—¿Va a haber fuego, señor bombero?

—A los niños les atrae el fuego.

—Qué bonitos agudos, oiga...

La luz de octubre caía sobre la terraza y bañaba al grupo. Una moza rubia, un bombero, un flautista en camiseta, un niño comiendo un membrillo. Los obstinados agudos de la flauta vibraban en el frescor de la mañana.

—Qué cosa es el fuego, ¿verdad?

—Qué cosa es la música...

—¿Usted siempre toca en camiseta?

—Toco como me da la gana, niño.

—Como vuelvas a llevarte un membrillo...

—Sin escuela, y robando membrillos.

—Y además, un descarado. Hoy día, no hay cultura. Sobramos flautistas en el mundo. Pero la música no morirá, amigo. Es eterna, como el fuego. Qué cosa es el fuego, ¿verdad?

—Qué cosa es la música...



FRANCISCO UMBRAL

DEBAJO DEL SILENCIO

HABLAR contigo. De mí,
contigo, callar. ¡Silencio!
Dejar tiempo a la palabra.

Por el agua—claro espejo—
las voces suenan—¿a qué?—
a olvido y polvo.

Silencio
de mí, contigo, hecho carne.
Repique de nada. Viento
de nada. En el corazón
dolor de nada. Mis dedos,
de nada, llenos de sangre.
Yo, de ti, de nada, ciego.

¿Te encontraré por encima,
o por debajo del tiempo?
Se va... ¡Quién sabe por dónde!

Para salir a tu encuentro,
hablar contigo, de ti,
Contigo, de mí, silencio.

JUAN GUTIÉRREZ PADIAL

CONFUSION

ENTORNABAS los ojos. No querías
encontrarte esta luz. Los entornabas
—puertas de siesta en pueblo de la sierra—
y pasaba la tarde.
Tú ignorabas
lo que pasaba fuera, en este mundo
en el que estamos todos arrojados
involuntariamente. No querías
contemplar esta luz. Te molestaban
tantas personas, tantas realidades...

Y transcurría la vida mientras tanto.
Pero vino el crepúsculo una tarde
anticipadamente atardecida.
Las luces inventadas se encendieron
con la electricidad que no cegaba.
Y, sin embargo, tú seguías cerrando
tus ojos en la noche atardecida.
Las puertas de la siesta no se abrieron
y siguieron cerradas a la noche.

ANTONIO BURGOS BELINCHÓN

SOLO, PERO CONTIGO

SOLO, pero contigo. Bañándote de alma
en cada beso. Solo, pero a la vez contigo.
Todo callado. Todo reposando en la calma
de esta paz que me encuentro y que yo no persigo.

Solo siempre. Teniendo tu presencia en la mía.
El corazón dormido—¡pero que esté soñando!—.
Y los ojos cerrados, pero abiertos al día
por esa primavera que dentro está alumbrando.

Solo, pero con esa soledad que tú sabes
de no estar solo nunca—no hay soledad sin muerto—.
Que tu boca sea el mar donde boguen mis naves
en ansias paralelas hacia tu mismo puerto.

Tú nunca lo comprendes. Tú vives en tu mundo
y yo vivo en la tierra, pero flotando en ella.
Y, sin embargo, puedo tocar lo más profundo.
Tú sólo la contemplas mientras brilla la estrella.

Tú nunca lo comprendes; pero yo necesito
nuestras dos soledades juntas y separadas.
La tuya por su cauce; la mía por su grito
y, en medio, nuestros brazos gloriosos como espadas.

LORENZO AGUILAR

Telón de Agora

LA VIUDA VALENCIANA. EL PRESTAMISTA. DOS EN UN BALANCÍN. EL MILAGRO DE ANA SULLIVAN.

La viuda valenciana, de Lope de Vega, fué representada por Dido, Pequeño Teatro de Madrid, en el María Guerrero. Ahora ha vuelto de su mano a las tablas, muy oportunamente, en el Reina Victoria, para solaz del turista puntual e insaciable y para hacer turista de nuestro teatro clásico al remiso español.

Josefina Sánchez Pedreño, refundidora feliz de la obra, dice muy bien, que, "en rigor, estamos ante el estreno en España de La viuda valenciana", ya que la única representación conocida, del XIX, versión de Mesonero Romanos, alteraba el texto original para que los españoles salvaran su alma, una vez más.

La viuda valenciana es *Amarilis,* Marcia Leonarda, en fin, Marta de Nevares, omega del corazón de Lope como fué alfa o llave Elena Osorio. Lope le dedica esta comedia de deleitoso enredo haciendo a todos y cada uno de los personajes girar al son de las gracias de la valenciana, que estrenaba viudez a punto. La obra es entretenidísima, divertida, movida, con versos del mejor Lope, que, de haber vivido ahora, se hubiera remozado rápidamente viendo a Carmen Bernardos hacer de Marta. Obtuvo, de nuevo, un éxito personalísimo.

El decorado, de Víctor María Cortezo, nos pareció abigarrado, y Gabriel Llopart, representando *Camilo,* con escaso sentido del humor, envarado, equivocado en su papel, en suma. Los demás, bien. Excelentes Alicia Hermida, José María Prada y Miguel Ángel. La dirección, de Ángel Fernández Montesinos, discreta.

Un aperitivo sabrosísimo que estimulará el banquete del Cuarto Centenario del nacimiento de Lope, el año próximo. Lo esperamos.

Se ha estrenado en el Cómico El prestamista, comedia *policíaca,* según la califica su autor, Fernando Josseau, chileno. Salen a escena sucesivamente, ante un invisible agente interrogador, tres presuntos culpables del asesinato de un prestamista. Cualquiera de ellos, por su historial turbio, puede ser el asesino, aunque el público se inclina a pensar que es el peor, el último, que resulta luego un buen hombre. La voz en *off* que interroga a los personajes durante toda la obra, nos notifica al final—ya habrá hecho sus averiguaciones—que el culpable es... uno de los otros dos (mantendremos el secreto, en parte). La in-

cómoda postura de los acusados y sus vidas distintas permiten al autor, con amplitud, batir zonas sociales en hechos criticables en justicia. Josseau lleva razón, si bien cierto afán de recrearse con algunos hechos y gentes nos autoriza a considerar su crítica ligeramente parcial, quizá con miras a la taquilla. Los tres acusados—muy distintos—los interpreta Raúl Montenegro, también chileno, que prueba, con creces, ser un formidable actor. Él merece todos los elogios. EL PRESTAMISTA no es LA VOZ HUMANA, de Cocteau, pero no es tampoco despreciable. Su autor acredita un sabio ejercicio, entretiene, conoce a fondo el teatro; esta obra, difundida y galardonada excepcionalmente, pertenece a ese estimable teatro medio que fué siempre antesala, escuela, vivero, de las grandes obras.

En el Recoletos han estrenado DOS EN UN BALANCÍN, obra con la que se presenta al público español el dramaturgo, novelista y poeta norteamericano William Gibson. La versión—cuidada, como es costumbre en él—es de José López Rubio, y la interpretación estuvo a cargo de la venezolana Natalia Silva y el español Andrés Magdaleno, primeras figuras del teatro La Comedia, de Caracas.

DOS EN UN BALANCÍN es obra de dos personajes y sorprende, desde las primeras escenas, por su honradez. Desde el comienzo vemos que todo irá a cuerpo limpio de pausas y diálogo; que lo que ocurra allí pasará, sobre todo, por dentro, y no habrá más sorpresas que las que nos traigan las palabras; a ellas les tocará cogernos o no, revelarnos a *Wanda* y *Jerry* o desinteresarnos, aburrirnos. Gibson no sólo consigue interesar, sino hacer ver y sentir plenamente a sus criaturas que se debaten, en juego dramático, desacordados, presas, sin embargo, de amor verdadero, grande.

Parece que Gibson "cazó" la obra viendo a una mujer y a un hombre balancearse en una tabla puesta sobre una piedra. Cuando subía uno, el otro bajaba. Este es el balanceo que capta el público más fácilmente. Pero trabado con él, el autor ha hecho también subir y bajar a los personajes frente a sus respectivos pasados. Una obra rica, difícil, lograda. Sin concesiones. Una obra que vuelve a recordarnos lo que nos hacen olvidar tantas veces: que el teatro es diálogo, por encima de todo. Pero, ¡a tantos autores les estorba lo negro!

Natalia Silva y Andrés Magdaleno actuaron con precisión, entrega y buen arte. Más segura, ella. Él debe tomar en serio cierta dificultad que le hizo balbucir en tres o cuatro frases.

Segunda obra en español de William Gibson: EL MILAGRO DE ANA SULLIVAN, en el Reina Victoria. Como en DOS EN UN BALANCÍN, adaptación de López Rubio. La obra revive un hecho cierto, famoso. La niña—hoy anciana de ochenta años—Hellen Keller, ciega y sordomuda, tomó contacto con el mundo exterior, y con el suyo propio, gracias al tenaz y humano esfuerzo de Ana Sullivan, casi ciega también, procedente de un internado para ciegos, de Boston. El espectador podía conocer el hecho antes de ver la obra o enterarse de todo en su butaca

leyendo el programa. Es una obra sin trampa, un reportaje perfecto. El diálogo es escaso. Un 60 por 100 del texto son acotaciones y notas sobre acción y movimientos. Sin embargo, EL MILAGRO DE ANA SULLIVAN interesó, emocionó. En el Reina Victoria habían encontrado a *Hellen:* Maribel Ayuso (prodigiosa niña a la que recordaremos siempre en esta interpretación que le agradecemos tanto). Habían encontrado a *Ana:* Lola Cardona (en un trabajo a la vez duro y humano, el mejor y el más difícil, sin duda, que le hemos visto). Lo demás, "había sucedido", "estaba escrito" ("Historia de mi vida", de Hellen Keller; cartas de Ana Sullivan) y Gibson, guionista de cine y televisión, conocedor del público, le daría interés suficiente. Después de la primera parte podíamos haber revelado sin error lo que pasaría en la segunda, pero no la emoción que sentimos en la escena en que la pequeña Hellen pide palabras con la mano abierta, pálida, esperanzada. Obras como ésta, como EL DIARIO DE ANA FRANK, ayudan—con sus puerilidades, con su poquito de melodrama, con todo—a mejorar el mundo.

Expresivos, sobrios en sus papeles menores, Andrés Mejuto y Francisco Guijar. Los demás cumplieron, bajo la dirección todos de José Luis Alonso. Decorados y figurines de Sigfrido Burman ambientaron con propiedad la obra (Alabama, 1880).

M. F.



Crítica de libros

EMILIO PRADOS: *Jardín cerrado.* Biblioteca Contemporánea. Editorial Losada, S. A. Buenos Aires, 1960.

De nuevo estos versos de Emilio Prados, el poeta de la voz entrañable, con su puesto sólido en la generación del 27 desde *Litoral* (tan decisiva para la poesía española de su época) y también desde su propio batallar poético, iniciado con aquel *Tiempo* que ha madurado en una completa personalidad.

En *Jardín cerrado,* como en toda la obra de Prados, yo encuentro una característica que igualmente poseen sus mejores compañeros del 27: la capacidad de intuición para la sorpresa. Frecuentemente surge en Alberti, Aleixandre o Lorca la delicia poética inesperada, sobre todo cerrando el poema. Desde luego hay que estar de acuerdo con Heidegger cuando afirma que el pensamiento poético es superior al pensamiento filosófico y al corriente, pues se liga a la intuición, que nunca se anda con rodeos. Este acercamiento directo abunda en la poesía de Prados. Sirva de muestra esta joyita:

REFRÁN

Dame la llave
para morir...

—La muerte
no tiene puertas.

Pero yo, sí.

Emilio Prados tiene no sólo intuición de poeta nato, sino algo que le falta a muchos: oficio. Conoce la mecánica de la poesía como pocos. Así, él es un mágico y un técnico. Dos buenas velas para alumbrar la procesión. Brinda la centella inesperada, el brillo revelador, tanto en sortilegios de arte menor como en versos de anchura, y llena el escenario de sones graves, que son, al menos para mí, el encanto supremo de su poesía. Sones graves que tal vez hagan pensar en Pedro Salinas: ritmo noble, ternura, meditación de indefenso. Pero ésos son contactos forzosos de temas más que de influencias. En Prados hay algo de gui-

tarra en la madrugada dolorosa; en Salinas, de violín con ritmo entrecortado que acaba en violonchelo.

Y como Prados no levanta la voz, es fino, de una finura tan exquisita que recuerda a un Juan Ramón especial, sólo mirada y quejido mudo, estrangulado. En la canción halla Prados propicias losetas para su patio, y lo enriquece de ellas con colores que van del gris-soledad al negro-muerte. Y todo con el misterio latiendo siempre. Sí, un Juan Ramón distinto, que en la muerte aloja su esperanza. Bien dice Prados que "la vida no es vida, si nunca muere". Y que

> sólo la muerte me acompaña y sigue
> como constante amigo.

No existe temor a la muerte, ya que el poeta—y qué gran poeta—ve su propia carne en el universo y se sabe injertado en él después de morir. El poeta ha pensado en la muerte no como un exterminio, simplemente como un acto de amor: la entrega del hombre al universo, patria del hueso y de la flor.

MANUEL MANTERO.

CRISTINA LACASA: *Un resplandor que perdonó la noche*. "Atzavara". Barcelona, 1961.

Mucho ha cambiado Cristina Lacasa desde su primer libro *La voz oculta*. Es a partir de ahora cuando, si ella se decide a enfrentarse con los temas fundamentales que apuntan en este nuevo volumen, podremos esperar una obra realmente interesante. En *Un resplandor que perdonó la noche* sorprende el intento de separación entre lo personal anecdótico idealizado—egocentrismo a que tan dados somos los poetas—, entre la preocupación por la pequeña vida personal y el llamamiento urgente de otros horizontes más amplios y generosos a los que Cristina Lacasa debe acudir sin temor. Esta corriente de intención universal se inicia a partir del poema "A un infante desconocido", cuyo final, sin embargo, significa un retroceso, puesto que en él se supone—tal vez inconscientemente—que el niño ignorará siempre la enorme importancia de haber sido motivo de un poema. "Si el sol tuviese conciencia, pensaría vivir para alumbrar a los mundos, sin duda; pero pensaría también, y sobre todo, que los mundos existen para que él los alumbre y se goce en alumbrarlos y así viva. Y pensaría bien", dijo Miguel de Unamuno. Esta lección deberíamos tenerla en cuenta muchos poetas.

El lenguaje poético de Cristina Lacasa se ha depurado también desde su libro inicial, pero acusa el impacto de su actitud dubitativa existencial a que antes he aludido. Es de esperar que, a medida que ésta se vaya despejando, su palabra gane en claridad y precisión, únicos toques necesarios a su natural dulzura y fluidez muy personales.

Hay un verso en este sincerísimo libro que, sin embargo, no es verdad y su autora lo sabe:

> porque nadie es partícipe de nadie,

me inclino—aconsejo a su autora que no lo olvide—por estos otros que cierran el libro como un serio pensamiento:

La palabra vital que me traslada
no inútilmente herida hacia vosotros.

Es en ellos en los que el poeta debe encontrar su manifiesto estético.

PILAR PAZ PASAMAR: *La soledad, contigo*. "Alcaraván", 12. Arcos de la Frontera, 1960.

La poesía no es, ni debe parecer, una consecuencia de sentimientos ni de sensaciones, sino de vivencias: de hechos vividos e incorporados, consciente o inconscientemente, a nuestra personalidad, que surgen en el poema sin permiso del autor e incluso pasan inadvertidos para él, al menos durante alguna época de su vida. Para expresar estos hechos es necesario vivirlos. Mejor: "existirlos", que es mucho más complicado y difícil que vivir auscultando los pequeños acontecimientos personales, por muy importantes que nos lleguen a parecer, para trasladarlos al papel con urgencia, a fin de autocontemplarnos, al mismo tiempo que intentamos sobrecoger a quienes nos lean. Clavar sobre las cuartillas los cuerpos recién nacidos de nuestras experiencias humanas, sin darles tiempo a sedimentarse en nuestro yo, sin permitirles formar parte de nuestra fisonomía espiritual e incluso material, es quemar la vida inútilmente. Es destrozar el único, el definitivo poema.

Digo esto sobre la lectura del libro de Pilar Paz porque a ella, más que a otras con menos facultades, le debemos exigir el cumplimiento del deber que todo poeta tiene con la verdadera poesía. Si Pilar no hubiese conquistado merecidamente el clima con que se reciben sus obras, *La soledad, contigo* sería uno de tantos libros de poesía femenina que estamos acostumbrados a leer: subjetivo hasta la autobiografía, sentimental y tímido para con la cantera esencial de la poesía: la existencia, no la vida. Viven los árboles, los pájaros, los planetas. Nacen, crecen, mueren. Pero los que no somos árboles, pájaros, planetas, tenemos la trágica y maravillosa obligación de remontar lo limitado de la vida y existir. De ser trascendentes. Por ello, estas palabras, más que una crítica son un reproche lleno de cordialidad. Vengo notando en la poesía de Pilar Paz algo que es como un temor a profundizar en temas de mayor universalidad y trascendencia. Su último libro lo manifiesta con toda claridad. Y éste era el momento en que su autora, precisamente a causa de los hechos que nos relata en *La soledad, contigo,* estaba ineludiblemente encaminada a un mayor y más alto vuelo existencial. ¿Por qué Pilar Paz retira sus manos del fuego de la vida? Tiene inteligencia suficiente. Su léxico poético, en éste y en sus otros libros, es firme, diamantino, dócil. Sabe muy bien cómo utilizar las palabras y acostumbrarlas a su voluntad. ¿Por qué entonces irse por el camino más fácil?

El libro que hoy comentamos es breve, disperso. En él se unen

poemas de temas y orientaciones diferentes, sobre todo en la parte central, en la que encontramos un par de sonetos buenos: "Soneto ante un espejo"—publicado anteriormente—y "Un día hacia el olvido". La primera y última parte está formada con poemas de tipo confidencial:

Ya estás, hijo, en mi sangre
anclado y bien sujeto,
fino temblor que enhebra
todos mis pensamientos.

El predominio de versos de siete, nueve y once sílabas y la asonancia, soporte de casi todos los poemas, contribuyen a que la idea nos llegue envuelta en fluidez y dulzura. Remembranzas de poesía tradicional añaden a este libro un matiz extraño, lejano, de trozo de patria cálida en el recuerdo:

Al halconero de la
más amarga cetrería,
al que coloque su sombra
en mitad de tu alegría,
al que persiga la blanca
palomica de mi amor.
No le conceda perdón.

Libro agradable de leer, sobre todo por la agilidad del pensamiento, brillantemente expresado. Pero no añade nada a la obra anterior de su autora. Yo sigo preguntándome: ¿Por qué Pilar Paz retira sus manos del fuego de la vida?

ARSINOE MORATORIO: *La sombra*. "Cuadernos Julio Herrera y Reissig". Montevideo, 1958.

Exuberante y denso como un bosque. Exuberancia de palabras, densidad de imágenes. Arsinoe Moratorio nos ofrece un libro en el que la imagen plástica, cercana, casi tocable, es el reflejo de su propio yo. Jamás se desprende de los pronombres "yo", "tú"; el primero de ellos llena todo el libro:

Pero aquí sólo yo
con este árbol de sangre que me crece
y se agiganta
por las hondas arterias.
Sólo yo
sobre la tierra habito,
sobre la flor levanto
la rosa infinita y oculta de mis mieles.

Aquí, sólo estoy yo
desnuda,
erguida como el trigo,
naciendo de mí misma...

Cierro la pluma y callo. Desde allá, en Montevideo, ¿no se contempla el mundo? ¿No existe más que eso: una mujer sola ante su espejo?

JULIA UCEDA.

MARIANO ROLDÁN: *Hombre nuevo*. Premio Adonáis 1960. "Rialp". Madrid, 1961.

Muy traído y llevado ha sido en estos últimos meses el libro de Mariano Roldán. Llevado y traído por el aplauso y la reserva, por el regateo y el desborde, todo lo cual constituye tan buen testimonio que casi nos conduce a tomarle el pulso a ese carácter más o menos en ebullición de la actual poesía española.

Lo que salta a la vista en *Hombre nuevo* es que Mariano Roldán tiene los pies muy en su tiempo, que no es de los que se andan por las ramas. El poeta no esquematiza la expresión. Estrecha y muerde la manzana que le brinda la tentación sintiendo hondamente "la más secreta pulsación del mundo". Rinde culto a la "palabra diaria", no al relumbrón. Un sencillo "viejo y su perro" le merece más atención que un burgués panza arriba. Me viene a la memoria una estimable observación de Mantero: "Los buceadores, sabios por la costumbre, se van cómodos a la ostra y a la perla. ¿Por qué no lograr coger, con amagos de muerte, medio ahogados, un ramito de algas profundas y enseñarlas al sol, tesoro pobre, nuestro, y más valioso que un amanecer"?

El "Adonáis" que ha merecido este libro representa el tercer escaño en la nómina de andaluces honrados con dicho premio. De no alcanzar galardón el presente libro, ¿verdad que se hubieran rectificado muchos criterios? El premio no hace al libro, pero sí a la manera de pensar de más de uno...

Hombre nuevo viene a consolidar unos valores que afloraban, que despuntaban en su libro anterior, *La realidad*. Discurre en estos poemas un desvelo por imponer llanamente las actitudes de un ser humano abrumado, a merced de la resaca de cualquier día. Las estrofas no se encasillan en cánones de vacuidades retóricas, se equilibran en planos de orden superior.

En *Hombre nuevo* se condensa, además de un empeño, una realidad; realidad que, ante el futuro, se nos antoja una posibilidad. Mariano Roldán ha sabido desprenderse—¿del todo?—de su "montoncito de prejuicios". ¿Qué es lo que se persigue en este libro? ¿Mundo y hombre nuevos? Parece ser que sí. Entendemos que Mariano Roldán ha procurado por todos los medios a su alcance sustituir, orteguianamente, a la verdad de ayer la de hoy. Y ha hecho bien. En una jornada con horas extraordinarias, que se ha visto invadida por muchos requisitos antes de sorprender a ese *hombre nuevo*—¿quién?, cualquiera—*sosegado,* ha sentado cátedra de buen poeta con elementos uniformes, vitales, antirretóricos, templados en una trayectoria donde a la intención se agrega un hallazgo que debe reconocerse privativo.

MANUEL MOLINA: *El suceso*. "Caleta". Cádiz, 1960.

Todo libro es un suceso de más o menos trascendencia para el hombre. Suceso que nos despierta la curiosidad de empinarnos al brocal de un nuevo universo. Manuel Molina, poeta de raíces desplegadas, es de

una tierra como llovida del firmamento poético de Miguel Hernández: Orihuela. Y la presión de su tierra acelera los latidos de su verso hasta componer un enjambre de vida. "El suceso" es el título del primer poema del libro. Nada nuevo, en verdad, este sistema de valerse del epígrafe de un poema para bautizar la obra.

Ofrece el libro de Molina el soplo de una lumbre serena. Aquí nada se presta a retorcimientos de expresión, a reiteraciones de estribillo, a fluideces de retórica. No es este un libro para pedir o rechazar, sino para ofrecer. Si algo se solicita es "la paz y la paciencia", una viñeta de luz en el expediente del corazón. En ocasiones, el verso cobra un ímpetu de insobornable lucidez. El tubo de escape de alguno que otro alejandrino huele—considerado aisladamente—a grandeza rubeniana: "El sagrado coraje de su fuerza sin ecos". "Y se beben las horas con un ritmo de dioses".

Esta poesía no es de las que se fugan por el desfiladero de la costumbre; es de las que persiguen la vereda menos frecuentada, el mínimo susurro que, no por mínimo, deja de aplastarnos "a todos con su peso".

José Agudo: *Balada de silencio*. "La Isla de los Ratones". Santander, 1960.

He aquí un maduro primer libro donde parece alimentarse la decisión de canalizar a la poesía bajo un prisma de razones metafísicas. Leemos en la solapa del volumen que *Balada de silencio* "es un intento, tanto temático como conceptual, por dar con la clave de "ese sentido musical que de la vida nos da el silencio". Es, más que la palabra, el propio silencio el que el poeta quisiera apresar en sus versos: esa intuición mágica que queda desvelada en el hombre, de un modo indecible, a su choque con las "cosas del ser". Las líneas transcritas orientan al lector y hasta lo ponen en guardia por si se trata de una poesía inclinada a intenciones herméticas. Pero, afortunadamente, no es así y los cristales de la comprensión no se nos empañan.

José Agudo, poeta madrileño, ha esperado a los treinta y tres años para ofrecernos una obra digna, sustancial, definida. El libro se divide en tres agrupaciones, y la vía expositiva de los poemas, exceptuando los que encabezan a cada parte, fluye en molde de pareados asonantados.

Juan Cervera-Sanchís: *Desesperado amor*. "Tina". Jerez de la Frontera, 1961.

Muy impetuosamente, quizá, se ha iniciado Juan Cervera-Sanchís en esto de la poesía, circunstancia que se presta a convertirse en un arma de doble filo llegado el caso de publicar sin ton ni son. Cervera-Sanchís nació hace veintiocho años en un pueblecito de Sevilla: Lora del Río. *Desesperado amor* es el tercer libro que publica, y ya tiene

varios a punto de saltar a la arena. ¿A qué correr tanto? En Cervera-Sanchís se apunta un poeta, que debe sacudirse la caspa del provincianismo. Esta nueva salida suya es el intento de fijar unos temas amorosos donde no se hace más que repetir la imperiosa—por angustiada—postura mantenida en su libro precedente, *Dejadme hablar de amor*. Una quincena de composiciones agrupa en veinte páginas. Sospechamos que están escritas de un tirón, a una temperatura definida, pero expuesta al chanchullo. Como dije, en Cervera-Sanchís se apunta un poeta al que se le pinta la ocasión melenuda—no calva—para que no se le escurra la posibilidad... En prensa tiene otro libro que abrirá de par en par la juvenil colección sevillana de poesía "Río del Sur". Acaso le valga la alternativa.

JOAQUÍN CARO ROMERO

La Universidad de Texas ha dedicado a España un *Texas Quarterly* profusamente ilustrado. De la importancia de esta "Image of Spain" juzgará el lector por el sumario: AMÉRICO CASTRO: "The Spanish People". LAÍN ENTRALGO: "Spain as a Problem-Y et Again". M. PICÓN-SALAS: "The Dispersion of Free Spain". ARANGUREN: "Unamuno in Person and in Faith". J. FERRATER MORA: "On a Radical Form of Thinking". J. MARICHAL: "Some Intellectual Consequences of the Civil War". A. JIMÉNEZ-FRAUD: "The Residencia de Estudiantes". G. DE TORRE: "Contemporary Spanish Poetry". R. GULLÓN: "The Modern Spanish Novel". MEDARDO FRAILE: "Twenty Years of Theater in Spain". EDUARDO DUCAY: "The Spanish Cinema". L. F. VIVANCO: "Contemporary Spanish Painting". ÁNGEL FERRANT: "Before an Infinite Sculpture". ANTHONY KERRIGAN: "Four Approaches to Joan Miro in Prose and One Poem". J. LLORÉNS ARTIGAS: "The Ceramics Arts in Spain Today". MARTIN S. KERMACY: "The Expressionism of Gaudi and Torroja". J. A. GAYA NUÑO: "Picasso Today". Además de estos ensayos hay trabajos de creación de LEÓN FELIPE, CELA, J. GUILLÉN, MAX AUB, S. SERRANO PONCELA, VICENTE ALEIXANDRE, JORGE CAMPOS, R. ALBERTI, F. AYALA, LUIS CERNUDA, GERARDO DIEGO, A. M. MATUTE, E. PRADOS, DÁMASO ALONSO, RAMÓN SENDER, J. GOYTISOLO, BLAS DE OTERO y JOSÉ HIERRO. El número ha sido dirigido por los profesores de la Universidad de Texas, Ramón Martínez-López, Miguel Enguídanos y Miguel González-Gerth.

NUEVOS POETAS ESPAÑOLES, DE JIMÉNEZ MARTOS

"Brillante trabajo este nuevo libro confeccionado por Jiménez Martos, a quien se debe ya una extensa e importante tarea de antólogo que sin duda habrá de ser muy eficaz para el estudio panorámico de la moderna lírica castellana. *Nuevos poetas españoles* es un trabajo inteligente y destinado a rendir un buen servicio."

El Noticiero Universal.

"Rara vez se consigue en tan escasas páginas un prólogo tan desmedidamente sustancioso y, al mismo tiempo, de tan sólida uniformidad."

"*Nuevos poetas españoles* está manufacturado de esperanza. Esperanza en destrenzarnos de una "encrucijada", en respirar a pulmón henchido la verdad, en mantener realidades."

El Correo de Andalucía.

"Componen estos once autores un mapa lírico, apasionante; norte, sur, este y oeste se dan cita en las páginas de este pequeño y cuidado volumen que sale a escaparates bajo bandera de polémica."

Blanco y Negro.

"*Nuevos poetas españoles* es el título tras el que Jiménez Martos alinea lo que considera momento nuevo en la poesía española. Lo que ya de inicio quiere decir que en el fluir inagotable de la poesía de nuestro siglo ha advertido que las aguas han cambiado, que en el insensible tránsito de unos tiempos a otros se ha llegado a un instante en que es necesario detenerse y darse cuenta de que se ha producido algo distinto, algo que merece la contemplación."

"La mirada atrás da la razón a Jiménez Martos: aquí hay un grupo de poetas con interés."

(Jorge Campos: *Poesía Española.)*

"Figuran en esta magnífica antología, en punta, de cara al porvenir de la poesía española, Manuel Alcántara, Eladio Cabañero, Gloria Fuertes, María Elvira Lacaci, Concha Lagos, Manuel Mantero, Julio Mariscal Montes, Pilar Paz Pasamar, Claudio Rodríguez, Carlos Sahagún y José Ángel Valente."

(Hoja Oficial del Lunes, Córdoba.)

PUBLICACIONES RECIBIDAS

LIBROS Y FOLLETOS:

ÁNGELES DE COMPOSTELA, *Gerardo Diego*. Ed. Giner. Madrid, 1961.
EL SOLITARIO Y LA TIERRA, *José María Souvirón*. Papeles Son Armadans. Madrid-Palma de Mallorca, 1961.
TREINTA POEMAS, *Antonia Pozzi*. Adonáis. Madrid, 1961.
SIN AGUA, EL MAR, *Marina Romero*. Ágora. Madrid, 1961.
LECCION DE RUBÉN DARÍO, *Ramón de Garciasol*. Taurus. Madrid, 1961.
FIESTA EN LA CALLE, *Joaquín Marco*. Fe de Vida. Barcelona, 1961.
MEMORIAS Y ELEGÍAS, *José Ramón Medina*. Ed. Arte. Caracas, 1960.
CARTA DO SOLO, *Alfonso Avila*. Tendência. Río de Janeiro, 1961.
LOS ESPACIOS Y LOS SIMBOLOS, *María de Villarino*. Losada. Buenos Aires, 1960.
ACERCA DE LA PALABRA POÉTICA, *Carmen Conde*. En "Humanidades", año II, tomo II. Mérida (Venezuela), 1960.
CAPITAL DE PROVINCIA, *José M. Fernández Nieto*. Ababol. Madrid, 1961.
POESÍA VENEZOLANA CONTEMPORÁNEA, *Conie y Jean*. Lírica Hispana, 219. Caracas, 1961.
POEMAS INNOMINADOS, *Montserrat Vayreda*. Lírica Hispana, 216. Caracas, 1961.
ENTRE NUBES, ENTRE PIEDRAS, *Elena Sassone*. Lírica Hispana, 217. Caracas, 1961.
EN SILENCIO, *Luisa del Valle Silva*. Lírica Hispana, 218. Caracas, 1961.
VIDA, TAN PRODIGIOSA, *Hugo Zambelli*. Madrid, 1961.
LITORAL DE LA AMADA, *Carlos Sánder*. Bibl. Lír. Toledo. Toledo, 1961.
LA RIOJA INNOMINADA, *Ariel Ferraro*. Buenos Aires, 1960.
ELEGÍA, *Rafael Guillén*. Veleta al Sur. Granada, 1961.
ENTRAÑA O HIMNO, *Mario Ángel Marrodán*. Cuads. de la Brújula. Buenos Aires, 1961.
DESESPERADO AMOR, *Juan Cervera-Sanchis*. Tina. Jerez de la Frontera, 1961.
DE PAR EN PAR, *Juan Cervera-Sanchis*. Río del Sur. Sevilla, 1961.
DEJADME HABLAR DE AMOR, *Juan Cervera-Sanchis*. Arrecife. Cádiz, 1961.
PREÑEZ, *Elvira Amado*, Ed. Cedro Azul. Buenos Aires, 1961.
ESURI ANTE EL ESPEJO, *Alfonso Ramos*. Ayamonte, 1961.
AGRADECIMIENTO, *Ramón de Garciasol*. Esp. Calp. Madrid, 1961.
GABRIELA MISTRAL (AMOR QUE HIRIÓ...), *Ana Rosa Núñez*. Atabex. La Habana, 1961.

REVISTAS:

CARACOLA, 103-104, Málaga. IL CORRIERE LETTERARIO LATINO, año VI, número 35, Roma. PAPELES DE SON ARMADANS, LXIII, LXIV, LXV, Madrid-Palma de Mallorca. ÍNDICE, 150-151, 152, Madrid. HUMANIDADES, volumen XIII, núm. 29, Comillas. NUESTRO TIEMPO, 86-87, Pamplona. ÍNSULA, 176-177, 178, Madrid. GRÍMPOLA, 12 núms., 1961-62. Madrid. ÍNDICE CULTURAL ESPAÑOL, 187, Madrid. NEGRO SOBRE BLANCO, 19, Buenos Aires. EL CIERVO, 97, Barcelona. LA ESTAFETA LITERARIA, 223, Madrid. VÉRTICE, 212, 213, Coimbra. REVISTA NACIONAL DE CULTURA, 144, Caracas. BOLÍVAR, 55-58, Bogotá. DEPARTAMENTO DE LETRAS, 1, Sao Paulo. PUNTA EUROPA, 65, 66-67, Madrid. REVISTA SHELL, año X, número 39, Caracas. LITERATUR REVUE, 7, 8, 9, Würzburg (Alemania). BOLETIN DE LA REAL ACADEMIA, 67, 76, Córdoba. EIDOS, año VII, número 13, Madrid. POESÍA ESPAÑOLA, 101, 102, 103, 104, Madrid. PROFILS POETIQUES DES PAYS LATINS, agosto-septiembre 1961, Niza. AZOR, tercer vuelo, núm. 2, Barcelona. EL CHUCARO, 6, Paysandú (Uruguay). LA NOCHE, 10-VIII-61, Santiago de Compostela. EL MOLINO DE PAPEL, 27, Cuenca. NARCEJA, 7, 8, Sao Paulo. CONTRALUZ, año II, núms. 6 y 7, Murcia. ALCONASE, segunda entrega, Palma de Mallorca. FESTIVAL DE PRIMAVERA, marzo-junio, 1961, Oviedo. ¿POR QUÉ...?, año IV, núm. 20, Santos Lugares (Argentina). PLEAMAR, 15, Bilbao. CAMINA, 4, Madrid. QUADERNA VIA, junio, 1961, Madrid. CALANDRIA, cuarto vuelo, Jerez de la Frontera. PIEDRALAVES, 16-17, Piedralaves. EXPOSICION, 4-5, Buenos Aires.


ÁGORA